

llevar para el General en Jefe y su Estado mayor un succulento almuerzo, que fué devorado, cuando el enemigo á dos leguas de distancia venía ya avanzando en són de ataque, respondiéndose á cada uno de sus cañonazos con el estampido de una botella de champaña.

Pero no anticipemos los sucesos, y digamos tan sólo que Villada llevó al General un papel con la firma de Ronda, en que acusaba recibo de una de las comunicaciones que se le habían enviado. Aquel jefe estaba el día anterior en Pichátaro, y podría llegar á las doce del día, ó á la una á más tardar, al campamento de la Magdalena. Esta noticia circuló en el acto, electrizando á nuestros soldados, que comprendían que la sola presencia de Ronda en el llano de Uruapan, flanqueando inesperadamente al enemigo, habría hecho indefectible la victoria. Pero Ronda no llegó!

En la noche del día 19 el ejército durmió en su campamento en medio del mayor silencio, sólo interrumpido por el *alerta* de las centinelas. Había soldados avivando la lumbre de las fogatas, que formaban como una corona de luces en lo alto de la colina.

La aurora del día 20 fué saludada con los alegres toques de la diana. Las músicas hicieron oír el himno nacional y los soldados despertaron alegres y llenos de entusiasmo.

Brilló luego un sol esplendoroso: serían las ocho de la mañana cuando comenzó á divisarse la columna de Méndez en lo alto de la cuesta de Taretan. Imagínese el lector el entusiasmo que se desbordaría entonces en el campamento republicano. Los vivas, los himnos patrióticos, los cantos populares, como los *Cangrejos* y el *Pito real*, los clarines tocando llamada de tropa en cada uno de los cuerpos, todo formaba un concierto extraño, inmenso, imponente, que avivaba el valor, que hacía latir de esperanza el corazón de quienes todo lo sacrificaban á su país, su vida, el porvenir de sus familias y acaso hasta la honra, pues que si el éxito no hubiera correspondido á tanta abnegación, y se hubiera consolidado el Imperio, aquellos hombres acaso habrían figurado en la historia como bandidos.

A las diez, la columna enemiga tomaba un corto descanso en la hacienda de Santa Bárbara, en donde se sirvió el rancho á los soldados.

Los dejaremos allí para referir lo que pasaba en nuestro campamento. Por motivos baladíes hacía tiempo que el Coronel Méndez Olivares, disgustado con el General Riva Palacio, se había separado del servicio. Iba en el ejército, pero sin colocación. Al llegar el enemigo á Santa Bárbara, Riva Palacio llamó á aquel jefe, le dió un abrazo y ordenó que se le reconociese como Mayor general del ejército. Méndez Olivares fué saludado con una aclamación general de simpatía.

Entonces se tuvo una junta de guerra entre los Generales Riva Palacio, Régules y Canto, y los Coroneles Méndez Olivares, Garnica y Valdés, y se concertó entre ellos el plan de la batalla.

El General Régules, en jefe de la infantería, la dividió en dos alas; la de la izquierda á su inmediato mando, y la de la derecha al del General Canto: esta fuerza se colocó en orden desplegado en la falda oriental de la colina, teniendo como punto avanzado al pie del cerro al batallón del Coronel Amado Carnero. El vallado de una ancha zanja les servía de parapeto, aunque débilmente, por su insignificante altura. La caballería fué dividida también en dos alas: la de la izquierda, compuesta de los cuerpos de León Ugalde, Manuel Treviño, Simón Gutiérrez, Villalobos y otros, se situó en la llanura, del lado del camino de Uruapan; y la de la derecha, formada de los escuadrones "Lanceros de la Libertad," Guerrero, Jalisco, Toluca y Ario, á las órdenes de Garnica, Arias, Zepeda (Ignacio), Espiridión Trejo é Hilario Servín de la Mora, se colocó detrás de la colina, de suerte que quedaba oculta al enemigo. De esta fuerza se formó una columna de soldados escogidos, y cada sección estaba mandada por un Coronel ó Teniente Coronel. Toda ella á las órdenes de Garnica.

El resto de dragones y algunas pequeñas partidas más de la misma arma, cubrieron el frente de la derecha para que á la vista del enemigo apareciese ser una pequeña fuerza.

A uno y otro lado de la colina se extendió una línea de ti-

radores, compuesta de los oficiales sueltos, en su mayor parte de los canjeados en Acuitzio que no habían sido colocados aún en filas. Mandaba esta valiente legión el denodado teniente coronel Pablo Jiménez.

En la meseta, sobre la colina, estaba el Cuartel General con una escolta, cuyo servicio se encomendó á la caballería de Huetamo.

A medida que los cuerpos iban tomando sus colocaciones, los soldados prorrumpían en gritos de entusiasmo que demostraban su confianza en el plan de la batalla.

Cuando ya el enemigo se ponía de nuevo en marcha, Méndez Olivares se acercó á Riva Palacio y le dijo:

—General, ¿qué contraseña les ponemos á los nuestros?

—Una rama verde en los chacós.

—Es que me acaban de dar parte los exploradores de que esa es la de los traidores.

—Entonces que se saquen la camisa de fuera, como andan los de Huetamo.

—Pero como muchos de nuestros soldados no tienen ni camisa.....

—Pues que se la saquen los que la tengan, y á los demás Dios que los ayude, contestó el general riendo, y agregó: esa es su mejor señal.

Méndez seguía avanzando. Había dejado con una escolta, en Santa Bárbara, sus cargas; un inmenso convoy en que llevaba el parque, las demás municiones de guerra, los equipajes y el dinero para cubrir los gastos de una larga expedición: las soldaderas de los imperialistas se quedaron también en aquel sitio.

A media legua de distancia de nuestro campamento dejó Méndez su reserva, compuesta de cosa de quinientos hombres de caballería é infantería.

Su columna de ataque se componía de mil ochocientos hombres de las tres armas:¹ la artillería compuesta de cuatro piezas de montaña. La infantería iba formada en dos columnas

¹ Entre los papeles que cayeron ese día en poder de los republicanos había documentos que justificaban el efectivo de la fuerza de Méndez en 2,375 hombres.

paralelas, cubiertos sus lados á corta distancia por otras dos de caballería, y en el centro los cañones. En las dos alas se desplegaban en tiradores los contraguerrilleros de Villafuerte, J. M. Orozco y Pureco.

Siguió avanzando; y de tiempo en tiempo hacía disparos la artillería al frente, en dirección del campamento, y á la izquierda sobre la boscosa falda del cerro de las Ventanas. Esto último tenía por objeto descubrir alguna emboscada que pudiera estar en el terreno.

A las doce del día había tirado el enemigo el primer cañonazo. Al oír el trueno, nuestros soldados rompieron el profundo silencio que habían guardado por espacio de más de media hora. Entonces se escucharon de nuevo en el campamento los vivas y los cantos populares.

Méndez llegó por fin á tiro de fusil, sin que su columna se hubiese descompuesto un solo instante. Era la una del día cuando comenzó la batalla. En los cerros inmediatos había centenares de espectadores contemplándola.

A eso de las dos de la tarde era tan vivo el fuego de la fusilería, que desde lejos debe haberse escuchado como el redoble de más de mil tambores. Era el solo ruido que había en cuatro leguas á la redonda, pero que por sí solo llenaba todo aquel espacio.

Méndez volvió á avanzar: las primeras filas de sus cuatro columnas pasaron bien el arroyuelo de Carío, pero ellas mismas enfangaron el paso y las de atrás se descompusieron un poco.

Entonces el general Riva Palacio dispuso que se hiciera el movimiento concertado con Régules, que debía ejecutar la caballería de Garnica; pero Régules, que no creía aún llegado el momento oportuno, al aparecer aquella fuerza que debería permanecer oculta todavía, Régules, que en la posición que ocupaba no pudo percibir, como desde lo alto lo observó Riva Palacio, que el enemigo se desorganizaba en su retaguardia, envió á todo escape á su ayudante Genaro Román para decir á Garnica que en el acto retrocediera y no diese la carga hasta nueva orden. Garnica obedeció, comprometiendo desde aquel instante el éxito de la batalla.

Riva Palacio entonces ordenó de nuevo la carga, no sólo á Garnica, sino á Régules y á las caballerías de su ala izquierda, porque veía más y más desorganizada la retaguardia del enemigo. El combate se hizo general. Méndez mismo juzgó necesario avanzar á paso de carga. Los infantes de uno y otro lado estaban á tiro de pistola y se batían con un valor temerario. Méndez se vió precisado á retroceder, y retrocedió dos veces durante este ataque, en el que perdió, cayendo en poder de nuestros soldados, la bandera del batallón del Emperador.¹

Nuestros tiradores sembraban la muerte en las filas del enemigo: en aquel acto, una bala de cañón dividió por la cintura, en dos partes, al denodado Pablo Jiménez, y en los dos campos se veía á su caballo correr como loco, en todas direcciones, llevando solamente la mitad de su jinete, cuyos pies se mantenían firmes en los estribos.

Garnica en tanto caía como un rayo sobre los tiradores de Villafuerte, los arrolló y fué á dar su terrible carga á la caballería de la derecha de Méndez, que huyó derrotada.

En aquel momento alguien lanzó un grito en las caballerías de nuestra izquierda, en donde estaban Simón Gutiérrez, Ugalde y demás que lo acompañaban. El grito, repetido varias veces, decía: *¡A las cargas, á las cargas!* ¡Allí está el dinero!

¿Cómo pasaron aquellos hombres de la izquierda á la derecha por frente al enemigo? Es cosa que no me explico. Lo cierto es que siguieron por de pronto á Garnica, quien persiguiendo la caballería enemiga cayó sobre la reserva y la destrozó; pero al llegar allí, los guerrilleros lo dejaron peleando y se fueron á las cargas, apoderándose de todo el convoy.

Entretanto habían quedado descubiertos los flancos de nuestra batalla; sobre todo el ala izquierda. Méndez se precipita sobre ella, y se pelea entonces á la bayoneta calada: se hicieron de una y otra parte prodigios de valor; pero más disciplinados los del imperio, sus infantes, formados en buen orden, avanzaron escalando la altura, mientras que los jinetes

¹ Aún conserva en su poder el general Riva Palacio este trofeo de la fuerza imperialista.

del ala derecha de sus columnas encumbraban al cerro y nuestra derrota quedaba consumada. Eran las cuatro de la tarde.

Entonces los episodios se multiplicaron.

Cuando Garnica regresó después de haber derrotado las reservas, no quería creer á sus ojos. ¡El grueso de la columna enemiga había desaparecido! El campo que ocupaba estaba vacío! Sólo en lo alto del cerro veía las infanterías, que creyó eran las republicanas!

—No, señor, le dijo uno de sus oficiales; los que están en el cerro son los traidores!

—¡Eso no puede ser! ¿En dónde están entonces los nuestros?

—Vea vd. las polvaredas por el camino de Uruapan y por el de tierra caliente. Oiga vd. tronar el cañón desde lo alto del cerro.

No cabía duda. Lo que había desaparecido era nuestro ejército. Entonces Garnica, llevando sus prisioneros y parte del botín, se emboscó en el selvoso cerro de las Ventanas.

La escena era de otro género en donde Méndez había dejado sus cargas: algunos de los soldados de Garnica que habían ido en persecución de los fugitivos, lanceando á cuantos alcanzaban, entre ellos á un francés, médico del imperio, á quien mató el chino Alvarez, de Ario, llegaron también á participar del botín. Este era valiosísimo. Simón Gutiérrez y sus compañeros estaban entregados al pillaje. El dinero fué su imán. Quién se llevaba dos mulas cargadas de pesos; quién arreaba una sola para correr más aprisa: un grupo se disputaba la posesión de un saco, y rompiéndolo, se abalanzaban todos sobre el dinero, disputando entre sí para tomar la mayor cantidad; éste llenaba las cantinas de su silla; aquél guardaba en el seno las monedas. Después de que la plata hubo desaparecido, se arrojaron sobre los equipajes y se apoderaron de los uniformes, de los trajes, de la ropa blanca, de los catres de campaña, de cuanto llevaban los jefes y oficiales del imperio.¹ Por último, *arrearon* con todas las soldaderas, y

¹ Algunos días después varios de nuestros soldados andaban vestidos de oficiales, y el asistente de Treviño ostentaba en las calles de Uruapan el uniforme de general de Méndez.

faldeando la mayor parte de ellos el cerro de las Ventanas, fueron á tomar el camino de Jaramillo, adelante de Zumpimito; y los restantes, unos fueron á ocultarse con su tesoro en el cerro de la Cruz, y otros tomaron la dirección del Sabino y de San Marcos para internarse en la tierra caliente. La pérdida de Méndez, en dinero, equipajes, material de guerra y acémilas, no bajó de cien mil pesos.

Cuando nuestra derrota estaba consumada, el general Régules y el coronel Villada, acompañados de otros jefes, se retiraron por el camino de Uruapan, casi mezclados con una partida del enemigo, atravesaron la ciudad y se dirigieron por el camino de Parácuaro: ambos permanecieron toda la tarde á una legua de la ciudad, en el llano de Tanáxhuri, recogiendo dispersos.

El general Riva Palacio, seguido de su Estado Mayor y de sus mozos, se retiró por el camino de Zumpimito, perseguido muy de cerca por una partida de contraguerrilleros. En aquel momento se cayó del caballo el Secretario del Cuartel General Lic. D. Justo Mendoza, y retrocediendo Riva Palacio hizo que sus mozos Abraham y Antonio lo volvieran á montar: entretanto se pararon á contener á los perséguidores, disparando sus pistolas, el general y sus ayudantes Verduzco, Topete, Wood y Marmolejo; y como se levantaba mucho polvo, sin duda creyeron los traidores que era una fuerza respetable la que los resistía, por lo que después de un corto tiro-teo, retrocedieron á incorporarse á los suyos.

Méndez, tan luego como se posesionó del cerro de la Magdalena, destacó tres secciones de caballería en persecución de los dispersos, una en dirección á Santa Bárbara, otra por el camino de Uruapan, y la tercera por el de Zumpimito: poco lograron las dos primeras, si no fué hacer unos cuantos prisioneros y lancear á muchos infelices ya indefensos. La tercera alcanzó á la fuerza que mandaba el coronel Ignacio Zepeda, la que, dando media vuelta, puso á los traidores en vergonzosa fuga.

Ugalde, con unos cuantos de su guerrilla, se dirigió al vado del río. Ya dije que éste es muy peligroso. Ugalde, que tenía muy buen caballo, logró llegar á la ribera opuesta, desde

donde observó que la corriente arrastraba á algunos de sus soldados; entonces les gritó á todos los que lo seguían que se fuésen río abajo hasta incorporarse al resto de la fuerza. Varios de éstos se ahogaron.

En mala hora se quedó Ugalde solo, satisfecho de llevar las cantinas repletas de pesos; muchos indios de Jicalán cayeron sobre él y lo despojaron de cuanto llevaba, teniendo Ugalde que continuar á pie su marcha.

El último detalle de la dispersión toca á Simón Gutiérrez. El general Riva Palacio había hecho alto en la ranchería de Jaramillo, poco distante del lugar de la batalla, para recoger y organizar á los dispersos que iban por aquel rumbo.

A poco se presentaron Simón Gutiérrez y los suyos, agobiados con el peso del abundante botín; pero, por eso mismo alegres y orgullosos. *La Simona* llegó á la presencia del general y exclamó:

—¡Jalisco nunca pierde!

—Y cuando pierde *arrebata*, le contestó el general, volviéndole la espalda.

El general fué á pernoctar esa noche en Charapendó, camino de tierra caliente.

Méndez no levantó el campo: se contentó con mandar recoger los cadáveres de los suyos y contar los de sus contrarios, que yacían á la vista en torno del cerro. En el parte oficial en que anunció su triunfo, dice que el número de muertos fué el de trescientos cincuenta, y mayor el de los heridos. Acaso debió referirse á los suyos; pues la verdad es que al tercer día, los vecinos de Uruapan, al acabar de levantar el campo, que ya por su propia cuenta habían levantado los indios del barrio de la Magdalena, todavía se encontraron más de cuatrocientos cadáveres de soldados de uno y otro bando, no siendo posible calcular el número de los heridos por no hallarse ya la mayor parte de ellos en el lugar.

En cuanto á nuestras fuerzas, tuvieron que lamentar la muerte de jefes distinguidos, como Pablo Jiménez, José María Macías, Pablo Conejo y Román Muñoz. Este último era un buen patriota, vecino de Uruapan, que, como simple ciudadano y sin carácter militar, fué á luchar por su patria. Los

imperialistas tuvieron también pérdidas sensibles. Además del médico de que he hablado, murió en la acción un jefe austriaco que fué enterrado al día siguiente en Uruapan, haciéndosele honores solemnes: en una alocución que leyó en aquel acto Méndez, dijo que el valiente oficial era deudo del emperador Maximiliano. Yo no he podido averiguar el nombre de ese extranjero.

La fuerza de Méndez pasó la noche en la meseta del cerro de la Magdalena, ateridos de frío jefes, oficiales y soldados, porque no les quedó ni con que cobijarse.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, hizo su entrada en Uruapan á la cabeza de mil hombres, resto de los dos mil trescientos setenta y cinco con que contaba el día anterior para atacar á los republicanos. Llevaba también nuestros prisioneros, que eran cerca de cien, entre ellos varios oficiales.

Hé aquí el parte oficial de Méndez, que hizo transmitir por telégrafo, enviándolo con tal objeto á Irapuato, pues entonces Michoacán carecía de este medio de comunicación:

“Uruapan, Febrero 21 de 1866.—Ayer se ha batido la brigada de mi mando contra todas las bandas del departamento y del Sur que habían reunido Riva Palacio, Régules, Valdés y otros. He venido alcanzando un triunfo *bien difícil*, pero muy honroso para las armas del emperador. He tenido grandes pérdidas en jefes, oficiales y tropa. El enemigo las ha tenido mayores: *ha sido una batalla reñida* en que el enemigo ha tomado la iniciativa, fiado en la calidad de su fuerza y en el número. El campo, regado de cadáveres de ambas partes, prueba la desesperación del enemigo y el valor de mis tropas. Al enemigo le queda una fuerza considerable de caballería, tomando una parte como de doscientos hombres para el rumbo de los Reyes.”

Luego, en el parte pormenorizado de la batalla, al hablar de la última carga que le dió el triunfo, dice Méndez: “Pasada una hora de *verdadera matanza*,” etc., y copio esta frase para que se comprendan mejor el carácter y la importancia de la batalla de la Magdalena, la más notable de las que en Michoacán sostuvo el Ejército republicano del Centro.

Méndez no fusiló uno solo de los prisioneros, lo que es

inexplicable, dado su instinto y estando vigente la ley de 3 de Octubre. Bueno es decir que esta generosidad fué excepcional.

No permaneció más que ese solo día en Uruapan; el 22 se dirigió á marchas forzadas á Pátzcuaro, llevando gran número de camillas conducidas por indios cogidos por la fuerza, y á los que presentó en Morelia como prisioneros, á fin de completar el número de cuatrocientos, de que habló en alguno de sus partes.

Digo que Méndez forzó su marcha, y apenas si tenía razón. Los primeros dispersos que tuvo en la batalla de la Magdalena, con una velocidad increíble llegaron á Pátzcuaro, en el curso de la noche del día 20, afirmando todos que Méndez había sido derrotado y había quedado muerto en el llano de Uruapan. Entre los dispersos había jefes imperialistas que gozaban fama de valientes. No quedaba, pues, duda de la catástrofe. El pánico se apoderó de todos, y la guarnición evacuó la plaza, replegándose á Morelia el día 21. Cinco horas después de haber salido esta tropa ocupó la ciudad de Pátzcuaro el comandante republicano Jesús Villanueva con su pequeño batallón de Quiroga. En la misma tarde entró también el coronel Ronda, que aparecía por fin por el rumbo de Erongarícuaro. Este jefe impuso un fuerte préstamo al vecindario y sacó de la ciudad cuantiosos recursos. Todavía Ronda, agregando á la suya la fuerza de Villanueva, pudo haber salido al encuentro de Méndez en el camino que éste seguía, y puede asegurarse que lo hubiera derrotado, supuesta la demoralización que había cundido entre los soldados imperialistas, las fatigas que habían soportado, su escasez de parque, y más que todo, por la buena tropa de Ronda y Villanueva en la que, desde los jefes hasta el último de sus hombres, eran conocedores del terreno y contaban con el apoyo de los vecinos de los pueblos y de los rancheros de esta región del país. Pero por aquellos días la conducta del jefe de Coeneo se manifestó misteriosa, oscura, inexplicable. Méndez, sin ser molestado en su marcha, recobró á Pátzcuaro y siguió indemne hasta Morelia.

La alarma había llegado á esta ciudad el día 21 con la guarnición de Pátzcuaro. Fué unánime la opinión de abandonar la capital y reconcentrarse en México: así lo acordó el prefecto político D. Manuel Elguero, y el *Periódico Oficial* de la prefectura superior anunció á los habitantes que las autoridades y la fuerza del imperio iban á salir, "supuesto que el Dios de los ejércitos, en sus inexcrutables designios, había permitido que el señor general Méndez, derrotado, hubiese desaparecido de la escena."

El 22 estaba ya formada la tropa en las calles de la ciudad, con la artillería y los carros, y las familias preparadas para el viaje, cuando se recibió el extraordinario de Méndez avisando su victoria. Inútil es decir que toda aquella gente volvió respectivamente á sus cuarteles y á sus casas, en medio del repique á vuelo de las campanas de Morelia.

CAPITULO XXXVI.

(1866)

Reunión de dispersos.— El campamento de Charapendo.— Llegada á Tacámbaro.— El coronel Haro.— Régules es nombrado general en jefe del Ejército.— Cómo se recibió este nombramiento.— Recuerdo de D. Vicente Guerrero.— Un brindis de D. Benito Juárez.— Situación política del Estado.— Reorganización del Ejército.— Otra gran parada en Uruapan.— Expedición al interior.— Algo personal.

El general Riva Palacio llegó al principiar la noche del mismo día 20 á la hacienda de Charapendo. Desde en la tarde se le habían ido incorporando partidas de dispersos, sucediendo lo de siempre: cada jefe, cada oficial, cada sargento de los nuestros había procurado reunir á los fugitivos, y con grupos más ó menos numerosos se dirigían al punto de reunión, no porque se hubiera éste convenido de antemano, sino porque las circunstancias lo habían hecho adivinar. Al cerrar la noche, había ya incorporados como doscientos hombres.

En uno de los *carnets* que conservo hay algunas notas que no carecen de interés, relativas á los sucesos de aquel día; pero me limitaré á tomar de ellas lo siguiente:

"Volvamos al campamento de Charapendo en la noche del día 20, y examinémoslo á eso de media noche. La luna, espléndida, rodaba en el cielo, despidiendo una luz tan intensa que se podían reconocer los objetos á larga distancia. De trecho en trecho se veían pelotones de soldados dormidos profundamente, y de tiempo en tiempo interrumpía el silencio el grito de alerta de las centinelas.